

echa desde la *loggia* una de las grandes bendiciones.

A principios de este siglo se verificaba en Letran una imponente ceremonia; Pío VII es el primer papa que le abolió, ateniéndose en esto á la ley que hace las fiestas públicas cada vez mas reservadas y tiende á destruir en la moderna civilizaci6n esas suntuosas fiestas inventadas únicamente para entretener á la desgraciada muchedumbre. El nuevo papa iba des-

pues de su eleccion á San Juan de Letran á tomar posesion de la basílica, y al efecto salia del Quirinal. Delante de él marchaban mas de dos mil frailes, monjes ó individuos de congregaciones, vestidos de gran ceremonia; seguian luego los cardenales, arzobispos, patriarcas, obispos y generales de las órdenes monásticas, todos á caballo; detrás iban los suizos con sus armaduras de rigurosa gala; el papa, coro-



Grupo de la antigua comitiva de Letran.

nado con la tiara, montaba una mula blanca, rodeado de oriflamas y pages, y los guardias nobles cerraban la comitiva. Antiguos grabados representan esta procesion que hoy no se celebra, pero que, atendido el lujo eclesiástico, debia ser una de las mas vistosas.

Solo el marco queda hoy de aquel cuadro cuyos personajes han desaparecido; pero ¡qué decoracion! En frente, la alameda ancha y cubierta de césped que se extiende hasta Santa Cruz de Jerusalem; á la izquierda la villa Volkonski, atravesada por los ruinosos acueductos de Claudio y Neron; delante y hácia el mismo lado, el Triclinio con sus mosaicos de oro; cerca de Santa Cruz, el anfiteatro Castrense que se enlaza por uno de sus extremos con la basílica

de Santa Cruz, y por el otro con la dilatada serie de las murallas romanas; á la derecha, la puerta de San Juan; sobre todo esto un color y una luz maravillosas; para completar dignamente el cuadro, la campiña romana, desigual, magestuosa, cortada por sus inmensos acueductos rojos y arruinados; y en lontananza las montañas algunas veces cubiertas de nieve. El conjunto forma un panorama único en el mundo, y tal vez el mas bello paisaje de Italia.

La procesion que iba á ver era modesta. El cabildo de Letran, de gran gala, sale de la basílica y se traslada casi en frente y á la izquierda, á la Escalera santa; descúbrese la imágen de Jesucristo, que es un gran cristo bizantino célebre en Roma, y que se lleva á la ciudad cuando las calamidades públicas,

como las epidemias, la guerra y el cólera afligen á los habitantes. Esta imágen, encerrada en la parte alta del edificio en una capilla sombría, cubierta con velos y resguardada por espesas rejas, se lla-

ma el *Santo de los Santos*; nombre que se le da á causa de las grandes cajas de reliquias colocadas cerca de la efigie de Cristo, y que Leon III hizo llevar allí.



Penitentes que suben la escalera santa.

La Escalera santa (aplico estas palabras al conjunto de la construccion) es un edificio bajo y largo, cuyas divisiones arquitectónicas marcan cinco arca- cadas que en lo interior corresponden á cinco es- caleras de veinte y ocho escalones cada una. Estas cinco escaleras, dos á la derecha y dos á la izquier- da, nada tienen de particular; son de mármol blan- co, de rampas rectas y paralelas á la del medio, que es la Escalera santa propiamente dicha. Sus veinte

y ocho escalones recuerdan el número de los del pa- lacio de Pilatos en Jerusalem, y que Jesús subió y bajó durante su Pasion; no pueden subirse sino de ro- dillas, y el número de los penitentes es tan conside- rable que en tiempo de Clemente XII fue preciso cubrir los escalones con una armazon de encina á fin de preservarlos de la destruccion; y solo desde aquel tiempo, tres de estas cubiertas han sido desgastadas por las rodillas de los que cumplen esta penitencia,

harto incómoda por cierto, y en la cual es muy difícil guardar el equilibrio. Cada escalon subido de esta manera tiene señaladas indulgencias que se aplican según la intención, ya al que sube, ya á las ánimas del Purgatorio. A la puerta hay muchas pobres mujeres que verifican por cuenta ajena y mediante la módica suma de 10 céntimos toda la subida; ¿no se parece algo esto á la historia de no sé qué hijo de rey que recibía los castigos que se le imponían, en la espalda de uno de sus servidores?

Después de asistir á la ceremonia me puse en camino para volver á Santa María Mayor, y visitar cerca de la iglesia de San Antonio, el convento de los Camaldulenses, religiosos que estos días se dejan ver por el público.

Estos monges preparan y adornan las palmas destinadas á las solemnidades del domingo de Ramos. La anécdota siguiente, harto conocida, se relaciona con este asunto. En 1586, Sixto V acababa de dar la orden de que se levantase en la plaza de San Pedro el obelisco del circo de Nerón; Fontana dirigía la operación en presencia del papa y de la multitud, á la que se había mandado no diese el menor grito, para que no se entorpeciese la trasmisión de las órdenes necesarias; la infracción de este mandato debía expiarse con la muerte. Empezó la erección del obelisco, pero las cuerdas, demasiado secas, se dilataban, y amenazaban romperse; entonces un hombre confundido entre la muchedumbre, levantó su voz para decir que se mojasen las cuerdas; en efecto, el agua arrojada sobre estas hizo contraer el cáñamo y la operación se llevó felizmente á cabo. El papa quiso conocer al hombre que había interrumpido el silencio; llamábase Bresca y vivía en San Remo en la playa de Génova; pero lejos de castigarlo con la muerte, como estaba mandado, le dijo pidiese una recompensa; entonces Bresca pidió para sí y sus descendientes el privilegio de suministrar á Roma las palmas para la festividad del domingo de Ramos, y estableció los cultivos de palmeras que aun existen y sirven para el mismo uso. Los barcos traen esta cosecha verde y lozana; pero por desgracia, en vez de dejar las palmas en su estado natural las secan, rizan, doran y pintan, desfigurándolas y robándoles su belleza. Hoy se visitaban las palmas destinadas á los oficios divinos de San Pedro; y teniendo los curiosos el derecho de comprar otras iguales, los mencionados monges se encargaban por un módico estipendio de hacerlas llegar al domicilio del comprador, después del día de Ramos, bendecidas por el papa en las ceremonias.

Roma, en estos momentos presenta dos graves inconvenientes: los coches que en número excesivo recorren á escape las calles, faltas por lo regular de aceras, amenazando aplastar al transeunte á lo largo

de las paredes, y los mendigos que le acosan en los recodos donde las ruedas no pueden atropellarlo. Toda la mendicidad de la Italia central se reúne allí; todas las enfermedades que afligen á la especie humana tienen allí su representación; aquella plaga es la pesadilla de la corte de los milagros, que no desaparece sino cuando se ausentan los extranjeros. El mendigo parte con el viajero y vuelve con el viajero como la golondrina con la primavera; el viajero es para él una cosecha siempre dispuesta á ser recogida. Por lo demás, hay en Roma en tiempos ordinarios fisonomías curiosas y célebres de mendigos, en términos que algunos de estos han merecido los honores del grabado, y sus retratos se venden á subido precio en las tiendas de la plaza de España; algunas veces están grabados en cobre, como cuadros importantes, y dibujados con gran esmero.

#### DOMINGO DE RAMOS.

Edificios empavesados.—San Pedro.—Comitiva.—Distribucion de las palmas.—Procesion.—Suizos.—Gran penitenciaro ordinario en San Juan de Letran.—Santa Cruz de Jerulen y los clavos de la cruz.—Santa Práxedes y la columna de la Flagelacion.

La bendición de los ramos es la primera ceremonia importante de la Semana Santa, ó por lo menos como tal es considerada, aunque en este día mas bien termina la Cuaresma que principian los días santos. No necesito recordar que la fiesta de los Ramos data de los primeros tiempos del cristianismo, y que está destinada á recordar el triunfo de Jesucristo cuando entró en Jerusalem seguido por el pueblo, que llevaba en la mano ramas arrancadas de los árboles del camino. Hasta 1839 la ceremonia de la bendición de los ramos no se verificó en San Pedro. Gregorio XVI fue quien deseando hacerla accesible á mayor número de viajeros, mandó que la misa de los Ramos se dijera en la espesada basilica. Esta ceremonia era en la capilla Sixtina menos grandiosa como cuadro, pero quizá mas imponente que la de San Pedro, si ha de darse asenso á las numerosas relaciones de las personas que en el anterior pontificado asistieron á ella, pues el lujo estaba allí mas reconcentrado y mas en armonía con el adorno del edificio.

A las siete de la mañana me encaminé á San Pedro en un coche que tomé en la plaza de España, después de haber hecho prudentemente un ajuste con el cochero; el puente estaba espedido, porque á la citada hora los altos personajes romanos ó extranjeros, contando de antemano con localidades fijas y disponiendo de comitivas con librea, no necesitaban aun incomodarse para llegar á tiempo. Las banderas pontificias ondeaban sobre el castillo de San-Angelo, y la enorme masa de su torreón, que encierra gran-

des patios cuya existencia no puede sospecharse cuando se le ve por fuera, cerraba pintorescamente el puente, sobre el que las estatuas de Bernin, aunque malas, producen sin embargo buen efecto. Por lo que respecta al castillo en sí mismo, cuya masa se niega al pronto á toda impresion agradable, su forma rechoncha queda salvada por los accidentes que lo rodean, por el agua del rio y la frondosidad que ciñen su lado derecho; por la mole cuadrada que lo completa en su parte superior: por su *loggia*, y sobre todo por el genio alado que lo termina y se destaca en el espacio.

Alrededor de la Confesion estaba el público; en los costados de derecha é izquierda y á lo largo de la nave hay espaciosa tribunas que ocupan las señoras provistas de billetes de embajada; pero como el número de los billetes pedidos escende siempre en mucho al de las localidades disponibles, resulta que las que llegan primero penetran en las tribunas, al paso que las demás se colocan abajo de pie como los hombres y á espaldas de estos, lo cual es de muy mal efecto; y siendo siempre las mujeres mas pequeñas que los hombres, nada absolutamente ven y solo consiguen durante las ceremonias terribles empellones. Al ver esto me felicité por no pertenecer á la mas hermosa mitad del género humano, porque á lo menos podia moverme, elegir mi sitio, examinar lo que pasaba, ver el servicio del altar y mirar á los personajes revestidos de carácter oficial que iban á tomar asiento en las tribunas ó cajones de madera destinados á contenerlos en debida alineacion. Hay siempre en las reuniones numerosas algunas personas que se precian de bien informadas y aparentan conocer á las celebridades políticas á quienes nunca han visto; así, no bien se presentaba un alto dignatario adornado de cintas, bandas y cruces, las personas á quienes me refiero le aplicaban desde luego un nombre célebre, causando gran sorpresa á todos ver que nadie se hallaba de acuerdo en cuanto á la identidad del magnate, de quien la necesidad de la multitud se apresuraba á sacar muchas copias. No poco necesitaban bregar los suizos para abrir paso por entre el gentío á los dignatarios que deseaban llegar á las tribunas reservadas.

Hé aquí cómo están dispuestas las cosas en San Pedro en todas estas ceremonias: en el fondo se ostenta el trono pontificio; á derecha é izquierda se ven los bancos de los cardenales; detrás de estos las tribunas destinadas al cuerpo diplomático y á los príncipes romanos; al nivel de los escalones de granito rojo que cierran la tribuna hay unas colgaduras que sombrean el dosel del papa y ocultan las armazones necesarias; la decoracion era de color violeta, pues así lo prescribe actualmente el ceremonial; pero tales colgaduras, demasiado frecuentes en Roma en todas

las solemnidades, son de mal gusto; las paredes del templo, á pesar de la desnudez de que bajo el punto de vista del arte pudiera acusárselas, producian mejor efecto que aquellos cortinajes de seda sujetos á maderos y vigas que á pesar de todo el artificio se dejan ver siempre por algun lado. Cerca del altar y en el fondo, á cada lado del trono pontificio, están los manojos de palmas destinadas á la bendicion y distribucion.

A las diez, un redoble de tambores resonó en el vestíbulo y anunció la llegada del papa; abrióse la puerta grande y descubrióse á lo lejos la comitiva, que primero se detuvo en la capilla de la Pietá, donde el papa hizo sus devociones, y luego avanzó silenciosamente hácia el altar. Digo *silenciosamente*, porque en la gran estension de San Pedro los coros de la capilla papal que cantan solos apenas se oyen, y muchas veces son dominados por el confuso rumor de la muchedumbre que se precipita al paso de la comitiva para ver mas de cerca á los personajes que la componen. Reservo para el domingo próximo la descripcion de los trajes, pues el séquito se compone casi de los mismos funcionarios, y las vestiduras son mas brillantes. El desfile de aquel y el tiempo que necesita para llegar desde las puertas al altar mayor hacen formar cabal idea de las dimensiones de San Pedro. Visto desde lejos, conducido en hombros de doce hombres ricamente ataviados, el papa sentado en su *sedia*, parece en cuanto á la estatura un niño de diez años. Es preciso acudir á la reflexion cuando falta el hombre para juzgar la estension del edificio; pero la presencia de un desfile cualquiera hace conocer desde luego lo asombroso de sus dimensiones.

El papa fué á sentarse en el fondo del ábside, los cardenales se le acercaron para saludarle ó hacer lo que se llama la *obediencia*, y acto continuo empezó la distribucion de las palmas. Larga fue esta operacion, y aun lo pareció mas porque se verificaba bastante lejos del pobre público, del que yo formaba parte. Una vez sentado, el papa pone sobre sus rodillas una especie de delantal de seda blanca; un camarero ó *busolante* le pone encima una palma, que el papa toma con la mano derecha, en la que brilla el anillo pontifical; el destinado á recogerla se acerca, dobla dos veces la rodilla, besa el anillo y la palma toma ésta y se retira. Dicha ceremonia se verificó para los cardenales, los obispos, los dignatarios eclesiásticos y civiles y los extranjeros de elevada posicion ó elegidos. Las palmas eran llevadas por los *busolanti*, nombre que no tiene equivalente en castellano, si bien en otro tiempo lo eran por los príncipes romanos; pero la afición á estas funciones semi-serviles, que querian titulares tan numerosos como variados en las antiguas civilizaciones, va desapareciendo poco á poco.

Terminada la distribución de las palmas se formó la procesion dentro de la basílica hasta que se dieron en una de sus principales puertas los tres golpes tradicionales de esta fiesta; luego, replegándose sobre

sí misma volvió á entrar en el ábside. El papa llevaba en la mano una bandera de paja trenzada muy vistosa, la cual envia como regalo á algun alto personaje á quien quiere honrar. Los trages militares y



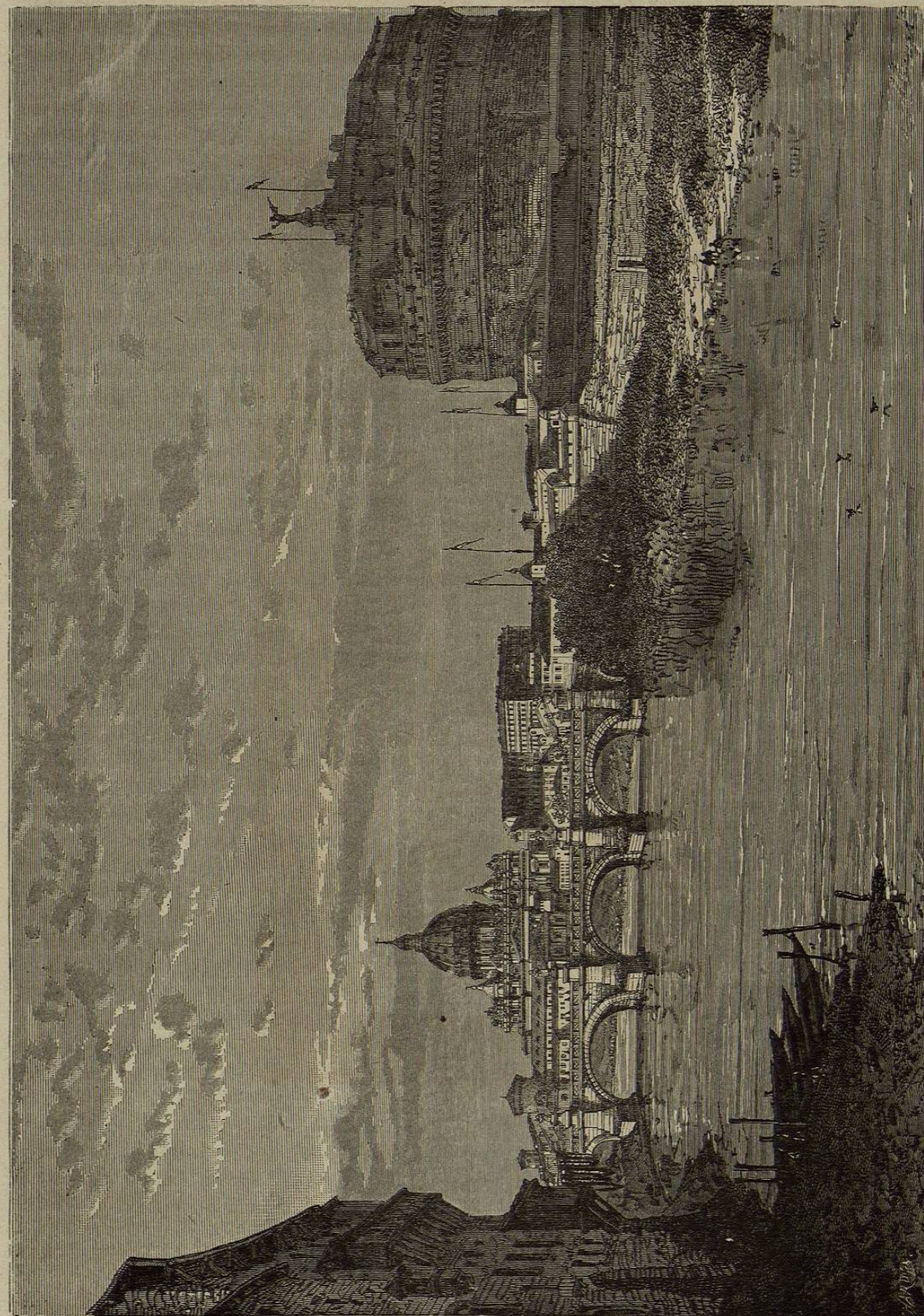
El Bambino en la iglesia de Ara-Cœli.

eclesiásticos eran muy hermosos, pero el remate de la procesion quedaba eclipsado, en cuanto al golpe de vista, á causa de los uniformes del cuerpo diplomático y de los funcionarios del orden civil, quienes seguian al clero llevando palmas en la mano, pues sus fracs bordados no podian competir por lo que respecta al efecto, con las soberbias vestiduras de los cardenales, los suizos y los oficiales extranjeros.

Cuando todos volvieron á ocupar sus respectivos

puestos empezó la misa, que fue celebrada por un cardenal pues el papa no ofició aquel dia y se limitó á asistir á ella, lo cual disminuyó mucho la magnificencia de la ceremonia. Es de tradicion entre los viajeros retirarse cuando la procesion regresa; pero la verdad es que vale mas permanecer en San Pedro hasta que todo termina.

Hoy los suizos vestian de media gala y llevaban la coraza y el penacho encarnado. No hay cosa mas



El castillo de San-Angelo empavesado.

singular que el uniforme de estos soldados, dibujado segun se dice, por Miguel-Angel, pues es un con-

junto de negro, rojo y amarillo, dispuestos en fajas alternativas, verticales y paralelas; llevan calzon,